

Por primera y quizá última vez en la historia de España, todos estábamos de acuerdo. Curas, golfos, militares, ladrones, monjas, pobres y ricos, sirvientes y amas, letrados y cultos, pueblo llano y aristocracia, campesinos y ciudadanos, coincidíamos en algo: había que expulsar a Napoleón del suelo patrio. Todos pensábamos igual... Bueno, es decir, no todos, porque

En la misma orilla del Tajo

RELACION DE HECHOS SUCEDIDOS

EN LA ALCARRIA Y ALEDAÑOS,

ASÍ COMO EN EL SANTUARIO DEL MADROÑAL,

DURANTE LA INVASIÓN FRANCESA DE 1808

Y AÑOS SIGUIENTES.

La guerra nos quedaría lejos en Aunón si no fuera porque sus consecuencias nos afectaban directamente. Alorén ha estado siempre más tranquilo por ser un pueblo perdido en la montaña y carente de comunicaciones. Alorén "muchos lo ven, y pocos pasan a él", usa un refugio desde el medievo. Por eso se acabó convertido en refugio para personas que huían de la guerra y hasta escondite para la Virgen del Madroñal, que se venera en el santuario del mismo nombre, por miedo a que la robara o profanara la soldadesca francesa.

En Aunón, sin embargo, los soldados de Napoleón y los de sus oponentes, iban y venían atravesaban el pueblo hacia Cuenca, Valencia

Exordio

Me llamo Uxío de Abeleda e inicié esta historia en el convento franciscano de San Sebastián, en Auñón. Me empujó a ello mi maestro y tutor fray Antonio de Villaseca, responsable de la biblioteca, así como fray Bernardo de Sacedón, guardián de la misma. El convento fue construido sobre una antigua ermita en las afueras de Auñón, y fundado en 1576 por la magnificencia de don Melchor de Herrera, primer Marqués de Auñón, administrador que fue de nuestro rey Felipe II. Por cierto, debo decir que la fundación del convento debió de ser una idea repentina del citado marqués, porque cuando en 1574 el pueblo de Auñón respondió a la extensa y conocida encuesta de Felipe II, nada dijeron de este proyecto.

Cuando empecé a escribir aspiraba a ser lego menor en el citado convento, como lo era fray Antonio, y hasta que los franceses nos obligaron a abandonarlo pasé muchas horas leyendo en su biblioteca guiado por mi preceptor, compartiendo el tiempo con el estudio del latín y del griego. Como me gustaba la Historia, en una primera etapa presté especial atención a las obras del jesuita Juan de Mariana, sobre todo su Historia General, así como a Tito Livio y su Historia de Roma, aunque lo hice con tanto entusiasmo y prontitud que, al terminar, mis superiores me obligaron a releerlos, para que no me acostumbrara a ser un lector superficial.

Como en la biblioteca del convento había mucho donde elegir, cambié luego a títulos de creación literaria y contenido diverso, en lengua latina o castellana, desde Cervantes a Ovidio, Cicerón, Quevedo o Góngora, pasando por Raymundo Lulio, Santa Teresa y San Juan de la Cruz, Juan Luis Vives y otros muchos, aunque como me atraía la Historia y los conocimientos sociales, a menudo volvía a autores como Julio César o fray Benito Jerónimo Feijoo. Diré que en el campo puramente literario siempre he sentido admiración por Cervantes y su facilidad para convertir en sublime la cotidiana vida de las gentes sencillas, y a Quevedo por la amplitud y versatilidad de su léxico. En este mismo sentido, lamento no haber aprendido la lengua inglesa para leer directamente a Shakespeare. Aunque me han deslumbrado las traducciones castellanas, quiero imaginar que en la expresión original aún habría obtenido mayor placer en la lectura. Me parece que Cervantes lleva al lector de la mano

andando por el suelo y nos descubre los secretos de la vida y de la naturaleza, mientras que Shakespeare nos hace volar, ensancha el intelecto, profundiza en el razonamiento y permite relativizar nuestra existencia.

El libro impreso más antiguo que encontré en nuestra biblioteca fue *Dieta Salutis*, del teólogo franciscano San Buenaventura, un conjunto de consejos morales editado en Pamplona y en latín por Arnao Guillén de Brocar, nada más y nada menos que en 1497, sólo cinco años después del descubrimiento de América y en los albores del desarrollo de la imprenta. Fue uno de los primeros libros impresos en la península ibérica.

Inicié este encargo con entusiasmo y, aunque ha sido muy pesado para mí, tenía la esperanza de que fuera posteriormente corregido por mi tutor o quien él señalara, pues así me lo prometió por si un día nuestros superiores decidieran proceder a su impresión. En aquel momento ignorábamos los acontecimientos que luego se fueron produciendo en cadena, empezando con la lucha por la independencia, el enfrentamiento entre liberales y absolutistas, la exclaustación de los frailes, las desamortizaciones y la guerra Carlista.

Mi primera intención era construir una obra histórica, pero las diferentes circunstancias que fueron apareciendo en mi vida y en mi comunidad de franciscanos me acabaron arrastrando al camino de la ficción, porque entendí que lo soñado parece más verosímil que lo real. Hasta ese punto eran increíbles los hechos que presenciaba. En cualquier caso, e insistiendo en la ficción que he mezclado con la realidad, me inquietaba el contenido de la frase que un día vi grabada en el atrio de la iglesia románica de San Esteban, en Sos. Recurriendo a San Mateo, el cantero dejó escrito en 1681 que *De toda palabra ociosa darán los hombres cuenta rigurosa*. Pido a Dios que sean minoría las palabras innecesarias para desarrollar mi relato. Además, y para recordarme que debo refrenar mi tendencia a la verbosidad, en la primera página del manuscrito he reproducido con tinta roja el proverbio 10,19 de Salomón: *En las muchas palabras no faltará pecado; quien reprime sus labios es sensato*.

No por ser sensato, sino por otras razones, a veces he dejado secar la pluma sobre el pupitre y evaporar la tinta del tintero porque me faltaban fuerzas para seguir, y porque algunos pasajes de la historia me afectaban tan directamente que me costaba describirlos, sobre todo la exclaustación y todo lo referente a Rosa, una de las principales protagonistas. Estuve dispuesto a colgar los hábitos pensando que ella podría ser el gran amor de mi vida, pero lo cierto es que nunca conseguí más que alguna sonrisa, medias palabras y ni siquiera esperanzas. Cuando comprendí que su amor no era para mí pasé tiempo sin escribir, encerrado en la celda, postrado en los bancos de la iglesia, rezando por rutina, vagando por el jardín, cavando en la huerta o realizando mecánicamente las labores que me encomendaban. Me quedé sin ganas de

fabular, hasta sin palabras en mi vocabulario, incapaz de encontrar un adjetivo adecuado para saborear la belleza o recrearme en la tristeza. Aunque tuve presente a Séneca cuando dijo aquello de *Si vis amari, ama*, lo cierto es que no conseguí ser amado.

Cuando las circunstancias me empujaron a abandonar el relato histórico para echarme en brazos de la imaginación, pensé titular este relato como *Los amores de Rosa y Luis*, pero me dio miedo de que se confundiera con un folletín. Aunque no están presentes en todas las páginas, estos personajes son la columna vertebral del relato. Mantuvieron un amor intermitente primero y sin límites después, que creció en intensidad hasta que se diluyó en las aguas del padre Tajo.

Mientras estaba en el convento, en las ocasiones de desánimo fray Antonio de Villaseca me empujó a continuar esta aventura que nunca habría desarrollado sin su apoyo. Fue especial el ánimo que me insufló durante el tiempo que los franceses nos obligaron a abandonar el monasterio de San Sebastián, después de robarlo y desbaratar la mayoría de sus dependencias en las que en algún momento estuvieron alojados. Durante ese tiempo abandoné mi manuscrito en uno de los cajones de la mesa que utilizaba en la biblioteca, que recuperé milagrosamente y pude continuar cuando se normalizó provisionalmente la vida monástica. El problema es que la tranquilidad fue breve porque poco después los franciscos nos encontramos de nuevo en la calle, y, en esta ocasión, al menos para mí, fue para no volver.

Continué escribiendo después de salir del convento, aunque a salto de mata, brincando de un pueblo a otro, alternando la escritura con mil oficios diferentes, desde mozo de cuadra hasta peón agrícola, pasando por ocasional profesor de latín o de griego a hijos de buenas familias. Esa fue la vida que a la fuerza tuvimos que aceptar los miles de frailes exclaustrosados como consecuencia de la invasión napoleónica, las desamortizaciones y los cambios sociales de la época. Durante los períodos en que me gané el pan como docente confirmé que Séneca acertó al decir *homines dum docent discunt*, porque me di cuenta de que, efectivamente, se aprende mientras se enseña.

Como otros hermanos de claustro, recorrí España buscando una ocasión para echar raíces en algún sitio. Yo encontré la mía por la caridad de un correccionario que se apiadó de mí y me permitió ocupar un rincón en su casa de Alocén. En este pueblo deseo terminar mi vida y recibir cristiana sepultura en el nuevo cementerio de Santa Ana. Desde su camposanto, abierto en una colina, se divisa un largo trecho del río Tajo, aquí con meandros que se acercan y se alejan, como si las aguas no quisieran seguir su curso. El Tajo es para mí un río sagrado, como lo es también para otros personajes de mi relato. En la orilla en que me encuentro deseo ganarme la vida escribiendo, es decir, haciendo lo que sé hacer; en palabras de Cátulo, *ipsa olera olla legit*.

Mientras vagabundé por esos mundos de Dios me alojé en tétricas habitaciones de malas posadas, anduve perdido en viejos caminos, alojado en pajares cuando no en cuadras, siempre acompañado de mi mochila en la que muchos días faltaba un trozo de pan, pero nunca la pluma de ave, papel, un tintero de cristal taponado con corcho y la pasión por la escritura. Mis mayores agradecimientos no fueron para quienes me dieron de comer y cama para dormir, sino para los que me permitieron extender sobre una mesa el papel y el tintero, y escribir durante horas por miedo a que tardara en presentarse la ocasión para repetirlo. De todas estas desgracias, comunes a muchos hermanos expulsados de conventos y monasterios, daré oportuna cuenta a medida que pase el tiempo. Fueron y siguen siendo años difíciles en los que procuramos seguir los consejos de Horacio: *aequam memento rebus in arduis mentem*, es decir, mantener el ánimo sereno en los momentos difíciles.

Otros escritores han recogido los sucesos de la época de una manera más general, pero yo he elegido centrarme en la Alcarria, el santuario del Madroñal y en los pueblos de Auñón, Alocén y alrededores. Fuera ya del convento mi pluma se dejó arrastrar por los hechos y personajes reales que veía en mi peregrinar, y preferí tomarlos como referencia para mis elucubraciones.

Si hubiera escrito una obra histórica habría puesto fin a la misma el día que ahorcaron en Roa al guerrillero Juan Martín, El Empecinado, porque para un joven historiador, enfebrecido e inexperto, era la perfecta justificación para bajar el telón con una de las escenas que considero más ignominiosas de nuestra historia. En los sermones y las enseñanzas religiosas del convento, escuché muchas veces las referencias a santo Tomás y sus cinco vías para demostrar la existencia de Dios, lo que supone el paso a un estado de perfección y de justicia donde el bien predomina sobre el mal, donde se tiene que aclarar lo que está bien y lo contrario. Adaptado a este caso, digo que debe existir otra vida donde quede claro que El Empecinado murió por su patria, y que fueron injustos quienes lo condenaron.

En mayo del año anterior a su ajusticiamiento, es decir, en 1824, asistí en Roa a la procesión de la Virgen de la Vega y, como era domingo, me quedé hasta el tradicional mercado que se celebra los martes en la localidad. En mi recorrido por los pueblos próximos me habían dicho que los días de feria exponían a El Empecinado en una jaula para curiosidad y escarnio público, y que la muchedumbre le insultaba y escupía, pero aquel martes no vi nada de eso. Como me habían insistido en la historia, permanecí otra semana más y el martes siguiente tampoco vi al guerrillero ni a su jaula, aunque seguía allí encarcelado.

Volviendo al Madroñal diré que, como todos los santuarios, siempre ha sido punto de referencia, centro de espiritualidad y lugar de peregrinación de

su comarca, y fruto de las donaciones ha atesorado riquezas ornamentales, joyas y objetos religiosos de valor, y fue inevitable que las tropas napoleónicas se enteraran de su existencia e intentaran desvalijarlo, pese a que está perdido en el monte, a orillas del río Tajo y alejado más de media legua y una hora de Auñón y otro tanto de Alocén. Pertenece a la diócesis de Toledo, de cuya capital dista unas 23 leguas, así como 46 leguas del mar más cercano, el Grao, en el Reino de Valencia, 40 leguas de Valladolid, la que fue capital de España, y unas 18 leguas del Reino de Aragón. Se inició su asentamiento de forma rudimentaria en 1085 cuando, según la leyenda, la Virgen se apareció a un pastor sobre el viejo tronco de un madroño, 407 años antes de nuestro descubrimiento de América y 723 años antes de la invasión francesa de 1808. Este santuario sirvió de cuna para el nacimiento de otro gran monasterio, el de Monsalud, de monjes bernardos, que posteriormente se trasladó al cercano pueblo de Córcoles, en la orilla izquierda del Tajo.

Parece que hacia 1138, y venidos de Francia, los bernardos quisieron aprovechar el lugar y la sencilla construcción del Madroñal para edificar su convento, pero la falta de espacio para un posterior crecimiento los llevó a trasladarse años después a la otra vertiente del mismo valle. A lo largo del siglo XV se hicieron importantes reformas y ampliaciones en el santuario, y en el XVII se le dio la estructura básica que tenemos en estos comienzos del siglo XIX.

El Madroñal se levanta en el paraje de La Veguilla, adquirido por la villa de Auñón. Esta localidad acoge al monasterio franciscano de San Sebastián, y dista 22 leguas de Toledo, diócesis a la que pertenece; una de Sacedón, tres de Pastrana, una legua corta de Berninches, media de Alhóndiga y otra media tanto del río Tajo como del río Arlés.

Aunque el Madroñal es un punto de referencia en este relato, y de que guarda mucha documentación escrita desde 1540, lo cierto es que en sus archivos no he encontrado referencias a la invasión de los franceses durante la guerra de la Independencia. En la memoria de Auñón ya no queda constancia de aquellos hechos, y en los libros antiguos del santuario hay un paréntesis de silencio entre el 29 de mayo de 1802 y el 29 de diciembre de 1817. Nadie sabe qué pasó entre esas dos fechas, y yo he rellenado el vacío con mi imaginación.

Quedan muchas cosas por decir, pero, *si gustáis, os lo contaré andando, y os maravillareis de lo que ha sucedido... Vuestro único castigo será escuchar el relato.* (Tomo prestadas estas últimas frases del maestro Shakespeare, en su obra *Los dos hidalgos de Verona*).

Fray Uxío de Abeleda